

Crucifijos

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

www.juancarlosfernandez.es

Allá por 1977, en Semana Santa, escuchaba mientras estudiaba un programa de Radio Nacional de España, en el que intervino un locutor que pronunció unas frases que no he olvidado. Recordemos que era tiempo de plena efervescencia de lo político y un revoltillo de siglas mareaba a los españoles de la época. Cobraba mucho sentido, por tanto, el discurso del presentador radiofónico, que venía a decir algo así como que en un tiempo de emblemas y anagramas por todas partes había un símbolo que sobresalía: la Cruz.

Evoco ahora, con la que está cayendo, aquéllas palabras. Y las reputo como ciertas, porque dos mil años de historia dan para mucho y en su discurrir surgen modas, mensaje, tendencias, líderes, siglas, que con frecuencia acaban en la nada o en el desuso, mientras que el símbolo de los cristianos, de un modo extraño, permanece. Digo que me parece extraño porque la Cruz ha soportado a gentes que en su nombre afrentaron y persiguieron, ha sido usada por muchos que se apoyaron en ella para obtener el poder civil y ejercerlo a su modo, porque en la Iglesia que debía proclamar la Buena Nueva del Crucificado no faltaron venales y descreídos; pero, a pesar de los pesares, ese madero siguió siendo el más genuino argumento y apoyo para la esperanza de tantos. Y sigue siéndolo, es dura esa leña para ser talada.

Algunos se empeñan en aventar una sola cara del asunto, aquella en la que la Cruz parece ser el paradigma del oscurantismo y el amparo de una Iglesia que no predica a gusto de ellos. Toca, pues, airear viejas historias, asirse a una falsa laicidad del Estado, dejando de lado la aconfesionalidad consagrada constitucionalmente y más ajustada a la realidad. Parece que la Cruz estorba, que lo moderno no puede llevarse demasiado bien con tan incómoda vecina. Hasta siniestra parece a otros, que la contemplan y asocian inmediatamente a la beatería, a la carcundia, a la caverna.

No y mil veces no. Se podrá estar en desacuerdo con la doctrina de la Iglesia. Se podrá ser creyente, agnóstico o ateo; se podrá vivir en la indiferencia para con los mensajes religiosos o ser un hipócrita de marca mayor, golpeador de pechos bajo arcos ojivales y en la calle miserable Caín. Pero no puede estorbar un símbolo que en definitiva predica todo lo contrario a la misantropía. Bajo un prisma de fe, claro, pero con mensajes extrapolables y válidos, la Cruz es también cobijo de perdón, de caridad (ahora es mejor decir solidaridad), de encuentro, de respeto. Acompaña a Occidente y es uno de sus pilares culturales, bajo ella se ha forjado toda una idiosincrasia que nos identifica y nos distingue, junto con sustratos de Derecho y de Filosofía, de otras *civilizaciones* para quienes somos el pandemonio.

Quizá acaben removiéndola de aulas, descolgándola de dependencias oficiales, con destino a algún desván polvoriento. Creo, no obstante, que los valores de aquello que representa ese madero seguirán plenamente vivos. Desaparecerán probablemente los crucifijos de muchas paredes, mientras encontrarán la puerta abierta otros símbolos ajenos a nuestra tradición, con grande silencio de tantos. Y mientras, en las aulas sin símbolos religiosos seguirá existiendo fracaso escolar. Y en instituciones públicas no dejarán de aflorar casos de corrupción. Y en la calle seguiremos viendo mucha falta de educación. Y el terrorismo de todo pelaje seguirá intentando masacrarnos. Y el paro ahogará a muchas familias. Nada cambiará. En nombre de la democracia, y con altisonantes protestas de tolerancia, se exigirá dejar las paredes expeditas, y se nos pedirá que no exageremos, que no es para tanto. Eso sí, acaso adorne más un retrato del *Che Guevara*, o un póster antitaurino. Eso es más progresista y además tenemos un bonito debate para distraernos, que la que está cayendo no es moco de pavo.

Empero, no faltarán Gólgotas para las cruces que desaparezcan, los creyentes se encargarán de ello. Y muchos ateos, estoy convencido, reconocerán a pesar de su falta de fe en que el asunto hay algo más que una anécdota. El tiempo dará y quitará razones, pero los pilares culturales de toda una sociedad no se pueden deconstruir, como esos platos de la moderna cocina, sin el grave riesgo de socavar cimientos de cuya solidez depende, quizá, nuestro futuro.